DOS PROSAS

Aparecidas en *La Verdad*, de Murcia, en noviembre de 1932 y marzo de 1934, respetcivamente.

CAMPO SANTO

¡Válame que luna! No es una luna sin noches, o una luna devorada por las noches. Es una luna sin el más leve descalabro, ondulada, cabal, sin fin y oro, como una era cubierta de parva. Le brota al campo santo al filo de los cipreses, a quienes sorprende en su lumbre con sus figuras como encogidas de hombros. Y es la hija del enterrador, de ese hombre que le miró el otro día detrás de la careta de hueso de media calavera y que le dijo: "Hasta luego", cuando tú le dijiste, sencillamente: "Adiós", el muerto que recibe hoy, con los dedos tropezados, a la luna, entre las melancolías plantadas por su padre. A su lado, un mantón de crespones cubre los hombros de una guitarra, que suspira de grillos vestidos de higos secos. Su frente está evitada de jazmines, y en sus pestañas largas y verdes, carrizos a la orilla de sus ojos criados, lleva prendidos dos claveles. Y al final de la trenza, que arrodilla sobre un hombro sus oscuridades, un sombrero andaluz con el fondo concurrido de naranjas.

Los GRILLOS: ¡Silencio!... Que apenas apuntan las vocecillas de hilo de los grillos...

LAS LAGARTIJAS: Las lagartijas escriben relevantes renglones tornalunados, sobre verdes, sobre las tumbas ricas de mármoles, con las orillas transparentes, como de cera encendida.

Los GERANIOS: Se han abierto las venas en este baño de claridad los geranios, y se desangran.

Los CIPRESES: Fluyen las barbas de chivo de los cipreses... Los cipreses despiden luna de puntillas.

LAS LUCIÉRNAGAS: Buscan las luciérnagas la sombra en punta de los cipreses para poder alumbrarse de luces de un azul y un verde frágiles.

EL RUISEÑOR: ¡Silencio! Ordeña el ruiseñor sobre la muerta plenilunada sus oros, como los de una naranja dos dedos de un niño en un vaso. Silencio.

Y EL ENTERRADOR: Cojo de dolor, el buen hombre que hace y mulle la cama a los muertos, salta por su casa. De pronto sus ojos ven brillar metálicamente sobre la mesa con luna un objeto corto y agudo; cree que es un cuchillo, y es una sardina, que se deshace cuando la envía

contra sus sienes... Luego, yayeante, sale al jardín crucificado y, por coger el farolillo del limonero, coge la luz de un limón, con la que se va alumbrando hasta su hija...

MARZO: HOSTADO

Cavaré el pie de los dos limoneros; subiré de mi pozo de abajo el agua, el regón puro—¡qué adjetivo! más bello y más diario—, que bajará hasta sus raíces de más ahinco y menos luz; la que les suba a la copa, se quedará en los limones y las hojas abultando temblorosamente mucha luz membruda de esta mañana y amarilla, al fin picuda. La humedad de la tierra en savia me llenará el sentido del olor terrestremente... Estoy acotando las ramas infecundas por desnudas, y, de cuando en cuando, se me pone agrio el filo del hacha con algún limón herido.

He replantado dos frutales nacidos al azar, hijos de mi gula de frutas de este verano que ya no es y último.

He cundido de geranios y romeros las orillas de las tapias, que contienen, como Dios, ¡tantos deseos!

Las pitas abren lozanamente más sus zarpas de astro.

Una desazón copiosa de ortigas asalta todas las plantas, hasta las mías descalzas, dolorosamente... Hasta el perejil, casado de hierbabuena, que riza su floración para sueños pajizos bajo el limonero padre. Pronto el mío me mandará arrancarlas para medicina, como desde que acabé de nacer, diciéndome: "No duelen las ortigas, con la impiedad cómoda de quien no ha de cogerlas."

El arbolico de las flores como torres relunadas, que recogí en la senda con polvo y señas de carros, se ha puesto pálido como un otoño; ¿y su primavera?

Dejé manca la morera en octubre, y a mayo no se azucarará de moras cristianas de Valencia; pero mi tacto sobre su tronco siente subir líquidos los verdores negros, brazos próximos a penetrar el aire, hasta los muñones de los que me regalaron de sombra, cuatro estíos pecadores.

Las cinco higueras, puras a la fuerza hasta ahora, con la virtud del frío y el enero alrededor del contorno de sus vidas peladas, ya están en trance de hacerse impuras; ya en los ápices de sus ramas de ancla está a punto de desencadenarse una invasión hojosa de lujurias verdales y napolitanas.

Pero aún hay paz, solecico y romeros celestemente azules con abejas de colmenas serranas.

Aunque ya mi alma, corporal de invierno, se me va poniendo espiritual de flaca, y mi carne empieza a reinar en mí y en mi huerto.

MIGUEL HERNÁNDEZ GINER

(Antes de marzo.)